

I. EN EL PRINCIPIO...

Del gen al género. Principio y fin de nuestro desarrollo como seres dimorfos sexuados. La ciencia ha ido describiendo cada vez con más precisión este camino que se inicia en los genes, sigue por las hormonas, continua por los aparatos sexuales y por el cuerpo hasta acabar en la mente y el establecimiento de un género. En un principio, es un camino que habrá de bifurcarse en lo masculino o lo femenino. En cada paso de ese camino se produce un salto no solo irreversible, sino catastrófico, en el sentido técnico de la palabra, porque cambia bruscamente el estado anterior. Emerge una realidad nueva no acoplable a la anterior y que suele acabar en la construcción de un ser adulto masculino o femenino y heterosexual. Se trata de trayectos que se asumen binarios, excluyentes e irreversibles, excepto por algunas anomalías genéticas, endocrinas o del desarrollo morfológico.

Siempre había sido obvio a lo largo de la historia que, con alguna frecuencia, estos trayectos no se daban de la forma típica. Esos casos se ignoraban, ocultaban, negaban, perseguían o se alababan. Existían, no es un descubrimiento reciente. En todas las culturas ha habido personas que se han sentido de otro género del que cabía esperar por sus características sexuales al nacimiento. Algunos pudieron sacar partido de eso, pero la mayoría trataban de organizarse con sus sentimientos de la mejor forma posible, alejándose de las corrientes tradicionales, donde los encuentros eran más fuertes y peligrosos.

En la actualidad, unas de esas visiones, expresiones y realidades se muestran en las siglas, ya populares, de LGTBIA+. Hacen referencia a dimensiones y experiencias muy distintas que debieran ser consideradas por separado. Iniciaré este trabajo con una sencilla definición de ellas, que luego se irán haciendo más precisas y complejas a lo largo de los capítulos.

Lesbianas, gays y bisexuales son términos que describen la elección de objeto de atracción sexual. Igual que el de heterosexual. No son una esencia, sino un deseo. Como sostiene Gore Vidal, describen simplemente con quién le gusta a cada uno follar.

Lo transgénero implica que una persona no se identifica con lo que se espera del sexo biológico al que fue asignada al nacer. Hay una distonía entre su cuerpo y su experiencia como ser sexuado, que tratan de superar de diversas maneras. Pueden incluso llegar a desear cambiar su corporalidad por medios químicos o quirúrgicos. O no hacerlo. Lo básico aquí es la identidad sentida y no la elección de objeto.

Lo intersexual, por su parte, es una anomalía de orden biológico con alteraciones hormonales, cromosómicas o cognitivas más o menos relevantes.

Lo asexual describe a las personas que, sin ninguna razón que lo explique, no sienten atracción erótica hacia los demás. Sí pueden tener prácticas sexuales por cariño hacia a quien ama.

Ninguna de estas situaciones son en sí mismas patológicas, con la excepción mencionada de algunos casos de intersexualidad.

El «+» es una especie de ironía que advierte de que, tal vez, la lista de elecciones de objeto o de género no haya concluido.

Lo *queer* no es una adscripción sobre sexo, elección de objeto o género. Es fundamentalmente una posición ideológica que generalmente critica todas las anteriores. Hay personas que ante la evidencia de las diferentes situaciones, marginaciones y exclusiones que ocurren en función del sexo y el género, fundamentalmente femenino, prefieren no estar adscritas a ninguno de ellos. El término *queer* también se está utilizando como sinónimo de pluralismo sexual postmoderno.

Los mamíferos, entre los que nos encontramos, se dividen de forma habitual en machos y hembras. Eso no se construye socialmente. Lo que sí es una construcción social y personal es la definición y contenidos que se quiera dar a esa diferencia que va del gen al género. «No se nace mujer, se llega a serlo», afirmaba Beauvoir. Brillante y equívoca frase. Si se nace macho o hembra, con la excepción de los estados intersexuales, por brutos que nos suenen estos términos. Y es el devenir de esta realidad la que es muy variable y con muchos escollos en su desarrollo.

La discriminación contra la mujer no se combate diciendo que sería mejor que no hubiera diferencias sexuales. Ni diciendo que esas diferencias no existen.

Sería más útil aceptar que todas las definiciones mencionadas son provisionales y todas las personas esencialmente vulnerables. No habría ser necesarios heroísmos ni melodramas ni marginaciones ni agresiones para vivir, más o menos felizmente, esa panoplia de realidades existenciales.

Tal vez por esa complejidad, equívoca y, a veces, un tanto amenazante, Paul Preciado afirma que abandonar el régimen de la diferencia sexual significa abandonar la esfera de lo humano y entrar en un espacio de margina-